

# El doctor Marañón: RECUERDOS DE SU GENEROSA AMISTAD

Por Marino GOMEZ-SANTOS

TAMBIEN la juventud española ha perdido con la muerte de don Gregorio Marañón a uno de los más generosos maestros, atento a las inquietudes de los que empezábamos en la vida con el entusiasmo por la literatura y el periodismo.

Con un primer libro respaldado por un prólogo de don Gregorio Marañón hemos llegado a Madrid algunos provincianos. Después, en nuestros primeros pasos de entrevistas a personajes de la vida española, su nombre nos respaldaba también un éxito. En muchas ocasiones recibimos a vuelta de correo la carta autógrafa o las tres líneas a máquina en las que cordialmente nos citaba para contestar a alguna entrevista que habíamos solicitado. En aquel saloncito de los Sorolla y del busto de mujer modelado por Julio Antonio, donde se rogaba en un pequeño cartel que no fumasen las visitas, la espera era corta. En seguida aparecía el doctor Marañón, que nos asía por el brazo o nos ponía paternalmente la mano sobre el cuello, llevándonos hacia su despacho o hacia la biblioteca, donde estaba la gran colección de libros de viajes. Sus primeras palabras eran siempre para nuestro último libro o para el último artículo publicado la noche anterior en la Prensa. A nosotros nos parecía que poniéndonos el doctor Marañón

una mano sobre el hombro, nada de cuanto temíamos podría ocurrirnos: la inseguridad que amenazaba con hacernos volver a nuestra provincia o la aprensión nerviosa en torno a cualquier dolencia.

En algunas ocasiones nos hemos sentado a su mesa familiar en el cigarral "Los Dolores", de Toledo.

—Esta casa ha influido mucho en mí. Aquí me he serenado de mis tempestades y he escrito casi todos mis libros. Visité Toledo por primera vez acompañando a don Benito Pérez Galdós.

Por el cigarral de Marañón habían pasado los personajes más importantes de los últimos treinta años. Desde Fleming, Pérez de Ayala, Enrique Larreta... hasta la emperatriz de Persia.

—Al Fleming famoso le conocí en la Universidad de Madrid, y luego vino aquí, a esta casa. Al Fleming joven le conocí en la guerra del 14, formando parte de la Sanidad Militar del Ejército inglés. Dirigía el laboratorio un famoso profesor que se llamaba Whigt y tenía como jefe a un joven pequeño que era Fleming. El Gobierno español nos había nombrado al doctor Pittaluga, al doctor Ruiz Falcó y a mí para que fuéramos a estudiar la gripe llamada española, que hizo más víctimas que los proyectiles en los ejércitos, y con ese motivo visitamos los laboratorios de todos los ejércitos de

los aliados, y entre ellos, el inglés.

Hablamos aquella tarde en los jardines del cigarral, junto a la mesa de piedra que perteneció al palacio de don Alvaro de Luna y que le había regalado a don Gregorio Marañón el conde de Romanones.

—Fleming era un joven soñador, muy dado a la fantasía, y precisamente por eso descubrió la penicilina. Cuando le visitamos en Londres, algún tiempo después, mi mujer y yo, nos regaló el primer cultivo de penicilina, que tiene al dorso la inscripción correspondiente de su puño y letra.

En el cigarral había estado también don Ramón del Valle-Inclán.

—Miraba a Toledo, y acordándose de su Santiago de Compostela, que es una ciudad de piedra, dijo: «Este Toledo, en cuanto un día llueva fuerte, se disuelve.»

Don Gregorio Marañón era madrileño. Había nacido en la calle de Olózaga, número 5.

—Allí murió mi madre. A los tres años se mudó mi padre a Lista, 3, donde viví hasta que me casé. En la misma casa vivía el conde de Romanones, y de entonces data mi amistad con él. Viviendo en esta casa de la calle de Lista hice la carrera de Medicina.

Desde la muerte de su madre, pasaba largas temporadas en Santander, acompañando a su padre.

—Mi padre se quedó muy melancólico. En Santander tenía un grupo de amigos: Galdós, Menéndez Pelayo y Pereda. Solían reunirse en casa de don Benito.

De sus años de bachillerato nos decía que había estudiado poco y sacado muchos sobresalientes.

Hablamos de sus años estudiantiles en Madrid y en Alemania.

—Fui médico y no tenía ningún antecedente médico en la familia; pero, eso sí, tuve la suerte de tener en mi carrera un gran maestro, por mediación de Galdós, que se llamó don Alejandro San Martín. Cajal decía que era el hombre de más talento que había habido en San Carlos.

Desde los años de su juventud, en que había contraído matrimonio, instalándose en la calle del Marqués de Villamejor y luego en la de Serrano, había visto el doctor Marañón, según sus cálculos, más de quinientos mil enfermos, cuyos historiales hizo personalmente, escribiéndolos.

—Cuando yo empecé mi carrera, porque mi subida fue muy rápida, continuaron las mismas personas que habían influido en mi formación de adolescente. Me encantaba estar al lado de la gente inteligente.

Reconocía varias influencias decisivas en su pensamiento, empezando por su maestro Cajal. Cossío le había legado su pasión por el Greco, y en su formación humanística influyó Pérez de Ayala, a quien conoció siendo ambos muy jóvenes.

—Ahora, cuando ya uno está en la cima de la vida, cuando ya no se esperan muchas novedades, yo creo que en lo único que puedo servir de ejemplo es en no tener prejuicios.

A los tres años de terminar su carrera había publicado, en colaboración con don Teófilo Hernando, con quien le unía ya una fraternal amistad, un libro de Medicina que se llama «Manual de Medicina interna».

—Entonces era una novedad en España. Este tipo de libros los había en Alemania, en Francia, pero no aquí, todavía.

Después íbamos hacia el comedor. Don Gregorio era un hombre tradicional y por eso en el cigarral se merendaba siempre chocolate con migas y agua con azucarillos y mazapanes de Toledo.

—¿Qué aportó usted a la Medicina a su vuelta de Alemania?

—Sobre todo, cosas de bioquímica. Yo había estudiado con el profesor Ehrlich y con un japonés que fue su ayudante principal en las últimas investigaciones que se hicieron sobre el salvasan, uno de los acontecimientos de la Medicina de entonces. Yo publiqué al llegar a España un libro sobre esta materia.

El doctor Marañón había ganado por oposición la plaza de médico del hospital. No era partidario del sistema de oposiciones.

—Yo acababa de terminar mi carrera y no sabía curar un enfermo, pero hice unas oposiciones brillantes, brillantísimas. Me dieron el número uno. Y de ahí nace mi odio a las oposiciones, porque yo fui el ejemplo viviente de cómo se pueden hacer unas oposiciones y ganarlas brillantemente sin saber más que teorías. Ahora, que sé bien la Medicina, no podría hacer unas oposiciones, porque las perdería ante un jovenzuelo con desparpajo, como entonces yo.

El primer enfermo importante a quien visitó el doctor Marañón fue a la infanta Eulalia, que le llamó por teléfono, asombrándose de su poca edad al conocerle.

Fue gran amigo del escultor Julio Antonio, a quien conoció en el hospital, como enfermo. Y de Juan Belmonte, a quien curó en la enfermería, en la primera novillada que toreó en Madrid.

Hace poco más de veinte días le vimos por última vez en su casa del paseo de la Castellana. Era sábado y se iba a Toledo a trabajar durante el fin de semana, después de asistir a la boda del hijo de don Ramón Pérez de Ayala.

—Quisiera—me dijo—poder retirarme de la Medicina para dedicarme intensamente a escribir muchos trabajos que tengo en preparación; pero eso no es posible. Ahora he terminado un libro sobre «Los marqueses de los Vélez» y trabajo en otro sobre don Benito Pérez Galdós.

Sabemos que el viernes pasado recibió al doctor don Pablo d'Ors Pérez para revisar el último prólogo que había escrito para su libro «Diario de un médico español en Rusia».

Muchos jóvenes también quedamos vinculados para siempre al estrecho y afectivo recuerdo de don Gregorio Marañón, que nos enseñó a ser generosos sobre todas las cosas; él que lo había sido ejemplarmente a lo largo de su vida.



## MARAÑÓN Y FLEMING

Por el doctor RASCON

UN día de marzo de 1960 se ha llevado a una de las figuras más grandes de la Medicina española y mundial: Gregorio Marañón. Otro día de marzo de 1955 se llevó también a una de las figuras más grandes de la medicina escocesa y mundial: Alexander Fleming. El primero nacido en Madrid, el año 1887; el segundo nacido en Lochfield Farm, el año 1881. Marañón, estudiante del Colegio madrileño de San Carlos; Fleming, discípulo en la Escuela londinense de Saint Mary's. Ambos con una hoja escolar de primer orden, con matriculas de honor y premios extraordinarios, logrados sin esfuerzo aparente, con sencillez, como la cosa más natural del mundo.

Marañón, formado entre los maestros Olóriz, Madinaveitia; Fleming, discípulo predilecto de Wright. El primero encaminando sus esfuerzos hacia la clínica; el segundo, hacia la investigación. Complemento uno del otro—aunque Marañón fue e también en algunos momentos de su vida hombre de laboratorio, y Fleming lo fue de clínica—, los dos persiguieron durante toda su vida el mismo objetivo: salvar a los hombres del implacable ataque de los gérmenes que producen enfermedades.

Hay un hecho en la vida de estos dos sabios que inició su contacto físico. Era en el mes de octubre de 1918, la mal llamada «gripe española» hacia estragos en los frentes de com-

bate de la conflagración europea. Marañón, por encargo del Gobierno español, partió hacia Francia, formando parte de una comisión científica, con Pittaluga y Ruiz Falcó, con objeto de hacer un detenido estudio de la enfermedad que estaba causando más víctimas que la guerra misma. Eran tres médicos españoles que iban a tratar de desentrañar el misterio de la enfermedad, observándola en su misma guarida.

Después de muchas visitas a los distintos servicios puestos en funcionamiento por los ejércitos aliados, en los cuales los enfermos de gripe se abarrotaban en sus salas, la delegación científica de España llegó al frente de Reims, adonde las víctimas de la gripe eran más numerosas. Pronto, uno de sus componentes, el doctor Ruiz Falcó, se encontró atacado por el mal, y ante el retraso que el hecho suponía en los trabajos, el doctor Marañón se prestó a ayudar a Babinski, el ya mundialmente célebre neurólogo, en cuyo servicio conoció al insigne patólogo norteamericano Cushing, quien le dio la pista de la instalación bacteriológica y sanitaria que trabajaba más intensamente en la lucha contra la gripe: la del bacteriólogo inglés Almroth Wright, instalada en Boulogne-Sur-Mer. Allí estaba Fleming, y fue entonces cuando el sabio escocés y el español iniciaron su amistad y la mutua estimación que los unió de por vida.

El bacteriólogo escocés proseguiría por los derroteros de su afición y llegaría al descubrimiento que le hizo famoso, el de la penicilina. Marañón continuaría sus tareas en la clínica y perfeccionaría las técnicas y los conceptos hormonales y de las enfermedades de la nutrición. Ambos, también, independientemente de su profesión, buscarían su válvula de escape, en el arte y en la literatura, puesto que, debido a su extraordinaria sensibilidad, Marañón y Fleming sabían captar el hechizo de los grandes maestros, más agudamente entrevistados por el latino, aunque también apreciados por Fleming, que en cuantas ocasiones tuvo no dejó de escuchar atentamente la florida oratoria de don Gregorio, principalmente en cuanto disertaba sobre el arte de Goya y El Greco, los dos pintores que más interesaban a Fleming, y sobre los que Marañón emitía siempre un juicio de primera autoridad.

Con la muerte de Fleming desapareció un gran bacteriólogo y un profundo observador de la vida. Con la muerte de Marañón ha desaparecido un formidable clínico y un gran humanista. Ambos llegaron a esa altura en la Medicina, precisamente por su segunda faceta, haciendo bueno así el aforismo de Letamendi: «El médico que no sabe más que de Medicina, ni de Medicina sabe.»

## NOTAS BIOGRAFICAS DE DON GREGORIO MARAÑÓN



Busto de don Gregorio Marañón, obra del escultor Victorio Macho.

◆ Don Gregorio Marañón y Posadillo, preeminente figura española, con gloria universal, de la ciencia médica y las letras, había nacido en Madrid en 1887, y desde que ingresara en el Colegio de San Carlos quedaron evidenciados su talento y su capacidad excepcionales. En todos los cursos obtuvo matriculas de honor, consiguiendo premios extraordinarios en la licenciatura (1908) y en el doctorado (1909) con su tesis sobre el tiroideo cuando aún no había cumplido veintitrés años. Ya entonces contaba con el preciado galardón del Premio Martínez Molina, que si lo fuera otorgado antes al eximio don Santiago Ramón y Cajal, y que en otras ocasiones quedara desierto. Discípulo predilecto de los doctores Olóriz y Madinaveitia, trabajó con ambos en calidad de ayudante durante algún tiempo.

◆ Como médico se consagró especialmente al estudio de las glándulas y secreciones internas, y tanto por imperativos de su carrera cual en calidad de cate-drático y publicista, hizo numerosos y frecuentes viajes al extranjero. En Alemania, concretamente, en Francfort, residió largas temporadas junto a los célebres Emden y Ehrlich, siendo uno de los primeros conocedores del famoso «606», descubierto por el último de ellos, al que auxiliara en sus investigaciones. Hay que consignar también que desde 1909 era médico por oposición del Hospital General de Madrid y profesor del Laboratorio de Investigaciones Biológicas de la Facultad de Medicina, y que en 1913 ganó el Premio Alvarez Alcalá.

◆ Pertenecía el doctor Marañón a las Reales Academias Española, de la Historia, de Bellas Artes, de Ciencias Físicas y Naturales y de Medicina, así como a la de Ciencias Morales y Políticas de París, donde ocupaba una plaza para la que fuera elegido en la misma promoción que Churchill y el general Eisenhower. Con motivo de su viaje a la capital francesa para posesionarse de aquella, en 1956, pronunció varias conferencias, una en nuestra Embajada, y fué recibido por

el Presidente Coty en el Palacio del Eliseo. Era también doctor «honoris causa» por varias Universidades—entre otras, la Sorbona y la de Coimbra—, y estaba en posesión de incontables condecoraciones. En 1927 y 1930, respectivamente, pronunció ciclos de conferencias en La Habana y Santiago de Chile, y en 1953, en diversas ciudades brasileñas. El cuadro de profesores de la Asociación de la Prensa de Madrid se honraba contándole como miembro.

◆ Sus teorías y sus experimentos se proyectaron siempre, dado su alto valor, fuera de las fronteras patrias, valiéndole grandes homenajes, cual el que, en 1928, le ofreció la revista médica «Los Progresos de la Ciencia», que se celebró en la Facultad de Madrid, y otro consistente en la entrega, durante el año 1929, de un volumen de 1.300 páginas en el que eminentes figuras de España y el extranjero enaltecían su personalidad y sus triunfos.

◆ La producción del doctor Marañón alcanza cerca de un millar de monografías publicadas en las principales lenguas de Europa. De medicina o biología general deja escritos veintinueve libros, bastantes de ellos traducidos al inglés, francés, alemán, checo y sueco. Entre sus mejores y más conocidas obras, merecen cita de honor «Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo», «Las ideas biológicas del padre Feijoo», «El conde-duque de Olivares, o la pasión de mandar», «Tiempo viejo y tiempo nuevo», «Raíz y decoro de España», «Don Juan», «Antonio Pérez», «Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de nutrición», «Tres ensayos sobre la vida sexual», «Amor, conveniencia y eugenesia», «Los estados intersexuales en la especie humana», «Amiel», «Tiberio», «Elogio y nostalgia de Toledo», «Vida e historia», «El Empeinado visto por un inglés», «Ensayos liberales», «Vocación y ética», «Españoles fuera de España», «La medicina y nuestro tiempo», «El Greco y el secreto de Toledo» y «Diagnóstico etiológico, aparte de otras numerosísimas e igualmente de gran valor que resulta imposible enumerar.»

